

LA CULTURA Y LA EDUCACIÓN: ¿FACTORES DE CAPITAL SOCIAL O DE CAPITAL IDEOLÓGICO?

Por: Víctor Guédez

La generación actual de venezolanos ha vivido en un país condicionado por tres actitudes fundamentales, como son: a) La conciencia de nuestras ventajas comparativas asociadas principalmente a la disponibilidad de significativas reservas de hidrocarburos. b) Las expectativas propias de una mentalidad rentista que procede de disponer de bienes naturales. c) La percepción de que el capital tangible, físico y financiero es el condicionador más importante de la calidad de vida de la sociedad.

No se puede distribuir sin antes producir

La combinación de las ideas relacionadas con las ventajas comparativas, la mentalidad rentista y el capital tangible nos han impedido asumir las responsabilidades propias de unas realidades que sobrepasan la naturaleza hegemónica de esas disposiciones. Atrapados en los espejismos de una riqueza de origen, hemos perdido el ritmo de los tiempos y nos hemos resignado a desplazar progresivamente la necesidad de asumir las visiones contrarias a las que nos han empujado a nuestra situación actual. Nos encontramos en una coyuntura que admite la sentencia que, en otra época y para otras circunstancias, pronunció Gramsci: vivimos una situación en la cual lo viejo que ha de morir no ha muerto y lo nuevo que ha de nacer no ha nacido. Para movernos en este entrevero y para compensar la pérdida de las oportunidades nos planteamos a menudo la pregunta ¿qué hacer cuando se acabe el petróleo? De esta forma esquivamos la responsabilidad inmediata a cambio de pensar en alternativas de compensación y en planes de contingencia. Esta especie de distracción intelectual y de juego prospectivo nos ha impedido aceptar que el problema no es qué hacer ante la circunstancia de una Venezuela postpetrolera, sino qué hacer en el marco de una Venezuela petrolera a fin de que no tengamos que postergar las decisiones para las eventualidades de mañana. Es ahora y desde ahora que se requiere sustituir la conciencia de las ventajas comparativas por la conciencia de las ventajas competitivas y cooperativas relacionadas con el conocimiento, la tecnología y la capacidad de negociación y asociación. Es ahora y desde ahora que debe cambiarse la mentalidad rentista por una mentalidad productiva que esté inscrita en la perspectiva de que para distribuir riqueza primero tiene que producirse riqueza. Es ahora y desde ahora que debe sustituirse el privilegio del capital tangible por el de capital intangible con el cual se asegure que los factores productivos crezcan en lugar que desgastarse o agotarse.

Las distorsiones expuestas nos han hecho pensar en que somos un país rico, en que nuestro problema es de distribución y no de producción, y en que el país es una caja registradora que se realiza en las supuestas acumulaciones de una contabilidad. Estas ideas se han convertido en creencias y conductas, en sentimientos y actitudes, en

aspiraciones y propósitos, en definitiva, se han transformado en pautas de la dinámica cultural y en orientaciones de la práctica educativa. Pero, más allá de esta anticipada conclusión, debemos intentar un análisis comprensivo de cómo hemos atravesado el umbral del siglo XXI a partir de tales percepciones y de cómo estimamos que deberían ser los conceptos que guíen el horizonte del tiempo más próximo.

Significados y Alcances del Capital Social

La primera distinción que se impone es que, mientras el capital tangible se asocia con los recursos naturales, físicos, financieros, infraestructurales y tecnológicos; el capital intangible se relaciona con las dimensiones intelectuales, emocionales, éticas y sociales. Cabe advertir que el carácter de nuestro interés actual nos invita a asumir las dimensiones sociopolíticas más generales del capital intangible. Con este propósito proponemos dos conceptos de capital intangible, como son el Capital Social y el Capital Ideológico. La acepción que aquí le otorgamos al vocablo capital se refiere a aquella condición o posesión que genera periódicamente un caudal de rentas, frutos, bienes o valores en general.

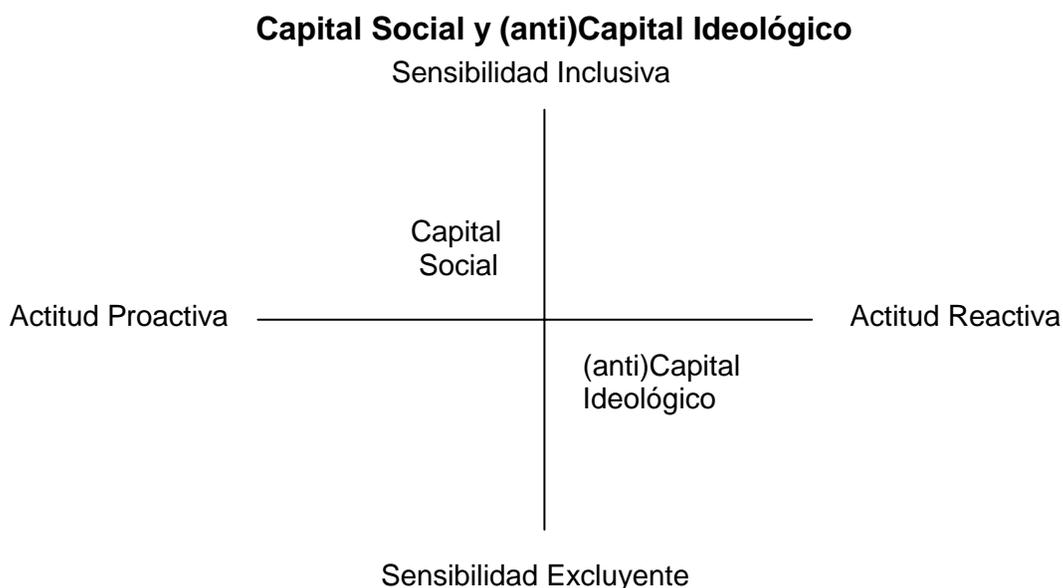
Podemos precisar que -tal como nos lo recuerda Bernardo Kliksberg, en su libro El Capital Social- el concepto de Capital Social fue acuñado por el economista James Coleman (1990), y el sociólogo de Harvard, Robert Putnam (1999), con el propósito de alterar los paradigmas que asociaban al desarrollo con el exclusivo enfoque convencional del crecimiento. El significado del Capital Social podemos entenderlo en tres planos de complejidad. En un primer plano sustancial, Bernardo Kliksberg expone que el Capital Social comprende cuatro factores, como son el nivel de confianza entre los integrantes de la sociedad, la capacidad de sinergia o de asociatividad de una sociedad, la conciencia cívica y las conductas éticas. Francis Fukuyama, por su parte, sostiene en su libro “La Gran Ruptura” que “el Capital Social es un conjunto de valores y normas informales compartidas entre los miembros de un grupo, que permiten la cooperación entre los miembros”. Con base en los aportes de Kliksberg y Fukuyama, podríamos intentar un peldaño más abarcador para agregar, como contenido del Capital Social, aquello que concierne al sentido de libertad, al compromiso ambiental y a las condiciones de seguridad. Si deseamos ser aún más exhaustivos podríamos establecer una desagregación de las conductas específicas que están implícitas en las acepciones anotadas. Tendríamos, entonces, lo que podríamos llamar las “c” del Capital Social. Ellas son: la comprensión del otro, la confianza en los semejantes, la compasión por los más necesitados, la credibilidad en las interacciones, la colaboración estratégica, la congruencia de las conductas, la creación de valor, las comunicaciones transparentes, la continuidad de los esfuerzos, el compromiso con los proyectos, la corresponsabilidad sostenida, y el coraje para asumir todo lo anterior.

Independientemente de que nos inclinemos por una versión generalizadora u otra desglosada, lo importante es que en ambos sentidos, la noción de Capital Social aflora como la base necesaria y perentoria para asegurar las expectativas de desarrollo de un país. Es imposible pensar en el desarrollo cuando no hay confianza entre los habitantes de un país y cuando no se genera confianza hacia el exterior; cuando no existe una asociatividad interna y cuando no se promueven alianzas y asociaciones con

empresas e instituciones de otros países; cuando no existe una conciencia cívica que incentive la convivencia y la solidaridad ciudadanas; cuando los factores éticos se convierten en declaraciones retóricas que se desprecian con los actos; cuando no hay márgenes de cooperación para atender exigencias asociadas al bien colectivo; cuando no existe la compasión que potencie una sensibilidad social convertida en programas de iniciativas eficientes; cuando se subestima el ambiente y se pervierte con pobreza y suciedad; cuando no hay condiciones de seguridad que garanticen una calidad de vida expresada con espontaneidad; en fin, no puede haber desarrollo cuando los significados del Capital Social se vulneran en sus posibilidades más elementales.

Capital Social y Capital Ideológico

No es necesario recurrir a investigaciones sedimentadas para apreciar que, durante los últimos años, en Venezuela hemos alcanzado los grados más bajos de la escala que mide el Capital Social. En lugar de concentrarnos en el incremento de los valores asociados a este concepto, se ha observado un énfasis, casi exclusivo y también excluyente, hacia el (anti)Capital Ideológico. El uso de esta expresión nos invita a una explicación inmediata. Aquí colocamos el prefijo “anti” entre paréntesis para destacar que, a pesar de que se piense que el énfasis en lo ideológico genera dividendos, en realidad lo que produce es un decrecimiento. Mientras el Capital Social genera progresivas condiciones favorables, el (anti)Capital Ideológico promueve el progresivo deterioro de las disposiciones psicosociales y el secuencial estrechamiento de los márgenes de convivencia. Para percibir mejor la significación de los conceptos en referencia, podemos recordar que el ser humano se mueve, generalmente, en el marco de las actitudes proactivas o reactivas y de las sensibilidades inclusivas o excluyentes. Los resultados generados por los cruces entre estos dos ejes expresan la presencia del Capital Social o del (anti)Capital Ideológico. La visión gráfica revela lo siguiente:



Como se observa, el cuadrante de la actitud proactiva y de la sensibilidad inclusiva alberga al Capital Social, mientras que el cuadrante de la actitud reactiva y de la sensibilidad excluyente contiene al (anti)Capital Ideológico. Es precisamente en este último alvéolo donde se desenvuelven las expectativas actuales de los venezolanos. En lugar de actuar con el horizonte de un proyecto, se ha intentado reaccionar ante una realidad existente, con lo cual el resultado ha sido más de lo mismo e, incluso, peor que lo de antes. Reaccionamos en lugar de actuar y excluimos en lugar de incluir. Las hipótesis que explican esta conducta son por lo menos tres. Algunos plantean que la acumulación de carencias y frustraciones de las últimas décadas generó la emergencia de lo que vivimos hoy. Otros sostienen que lo de hoy, no es tanto una consecuencia sino el origen y causa fundamental de los desajustes y deterioros actuales. Finalmente, otros expresan que la realidad presente es una consecuencia que se ha reconvertido en causa, es decir, es una consecuencia de los errores del pasado que se ha transformado en causa para radicalizar los problemas del pasado y para generar desequilibrios inéditos en nuestra sociedad. La verdad es que, la situación de hoy no es mejor que la anterior y que, frente a estas circunstancias, se impone poner de manifiesto que no pueden resolverse los problemas con los mismos criterios que los engendraron. El caer en esta trampa ha determinado que nuestra historia reciente esté colmada de esfuerzos que intentan resolver los problemas generados por las soluciones dadas a los problemas previos.

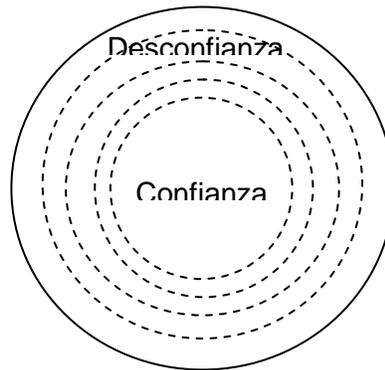
Los Factores de Confianza y de Desconfianza

Del fondo de estos comentarios deseamos extraer la tesis de que, mientras el Capital Social promueve confianza y concertación, el (anti)Capital Ideológico genera desconfianza y confrontación. De esta diferencia se destaca nuevamente la importancia de la confianza. “La confianza, dice Francis Fukuyama, es como un lubricante que hace que cualquier grupo u organización funcione en forma más eficiente”. Tener confianza es creer en el otro y es también tolerar aquello en lo que no se coincide. La confianza es la causa y el efecto de la interacción humana, es medio y fin de la comunicación, es expresión de negociación y acuerdo. Quien no confía en los demás, generalmente, tampoco confía en sí mismo. La confianza es mayor o menor según se demuestre el cumplimiento de los compromisos, la observación de las pautas de reciprocidad, el afianzamiento de las reglas claras, la adopción de conductas transparentes y la eliminación de los acomodamientos oportunistas. Se impone, de manera urgente, tomar conciencia de la importancia de la conciencia para aprender a confiar. La confianza, en definitiva, es la mejor defensa ante los riesgos de sectarismo, racismo, xenofobia y cualquier modalidad de exclusión. La confianza es consustancial a la comprensión. Cuando existe confianza y comprensión se generan las condiciones para aprender conjuntamente y para crecer en comunión. Con Edgar Morín podemos repetir que “si sabemos comprender antes de condenar estaremos en la vía de la humanización de las relaciones humanas”.

Ese juego de relaciones que se teje alrededor del concepto de confianza nos hace acentuar la fuerza repotenciadora que esa actitud tiene así como la de su opuesto: la desconfianza. Para demostrar estas fuerzas podríamos apoyarnos en la tesis expuesta por Stephen Covey sobre los círculos de influencia y los círculos de preocupación para

hacer una explicación análoga desde la perspectiva de nuestros temas. Encontraríamos así la imagen de dos círculos concéntricos que cada uno de ellos crece o decrece con el decrecimiento o crecimiento del contrario. El círculo más amplio es el de la desconfianza, propio del (anti)Capital Ideológico y el más pequeño es el de la confianza, propio del Capital Social. La relación visual se representa así:

Círculos de Confianza y Desconfianza



La imagen planteada sugiere que, cuando nos concentramos en el círculo de la desconfianza se reduce nuestro círculo de confianza. En sentido inverso, cuando enfatizamos el círculo de confianza se produce una expansión de su radio de influencia que repercute en la reducción del círculo de desconfianza. Estas opciones proceden muy particularmente en la perspectiva de las diferencias entre el Capital Social y el (anti)Capital Ideológico. Por esta razón, mientras más insistamos en la confianza y demás aspectos relacionados con el Capital Social, menos será el radio de influencia desplegado por su contrario. Siempre la confianza y el Capital Social generarán un beneficio individual y colectivo muy superior al que procede de la desconfianza y del (anti)Capital Ideológico. De manera conclusiva puede sostenerse que el Capital Social genera más Capital Social, mientras que el (anti)Capital Ideológico consume Capital Social. También puede decirse que el Capital Social sirve para desmontar al (anti)Capital Ideológico, y que el (anti)Capital Ideológico sirve para desmontar al Capital Social

En el marco de la sentencia señalada, se impone aceptar que uno de los obstáculos primarios para generar Capital Social es el que procede de las actitudes reduccionistas y no integrales. Por ejemplo, reducir el desarrollo a las nociones exclusivas del crecimiento económico, del equilibrio social o de la preservación ambiental. El Capital Social está reñido, por diseño y concepto, con toda actitud excluyente y radical. Los reduccionismos economicistas, ambientalistas o socialistas son las peores barreras para asegurar los alcances completos que se asocian con la condición humana y con las expectativas sociales. El subdesarrollo no es sólo un problema económico que reclama soluciones económicas. El subdesarrollo no es sólo un problema social que reclama soluciones sociales. El subdesarrollo no es sólo un problema ambiental que reclama soluciones ecológicas. El subdesarrollo no es sólo un problema educativo que reclama soluciones educacionales. El subdesarrollo no es sólo un problema tecnológico que reclama soluciones técnicas... Los resultados obtenidos ameritan un

replanteamiento más integral e integrador del problema. Estas expectativas no admiten sesgos ni reduccionismos, ya que ellos impiden rodear y fundamentar las situaciones. Más bien las desfiguran hasta convertirlas en caricaturas grotescas. Proponemos disolver los esquemas reduccionistas para desenvolver opciones integrales. En síntesis, la noción de desarrollo exige que el crecimiento económico esté armonizado y consustanciado con equidad social, preservación ambiental, fortalecimiento de la democracia, generación de espacios culturales y recreacionales, favorecimientos de ejercicios deportivos, grados de convivencia social y respeto de los derechos humanos.

La Cultura y la Educación como fuentes de Capital Social

La cultura y la educación son manifestaciones multidimensionales y multideterminadas. Sus orígenes, naturalezas y finalidades son sociales, en tanto que nacen en la sociedad, se administran mediante los recursos y ambientes que ofrece la sociedad y se proyectan para asegurar la prospectiva y el desarrollo de la sociedad. Esta es una de las razones que determina el alcance complejo de ambas expresiones: la cultura y la educación no concluyen con algún logro ni se agotan con algún avance. Mientras más se poseen más ameritan ser ampliadas y profundizadas. Además, trascienden lo que regularmente se cree: la cultura es más que bellas artes y la educación es más que la escuela. Asimismo, cabe anotar que ellas se encuentran estrechamente vinculadas al esfuerzo y al destino del ser humano y de la sociedad: ambas pueden integrar y armonizar, pero también pueden singularizar y diferenciar a los seres humanos, a los pueblos y a los tiempos.

Las explicaciones que preceden permiten entender que la cultura y la educación son consustanciales al concepto de Capital Social porque le reportan su esencia y potencialidad. Esto significa que la cultura y la educación son causa y efecto del Capital Social, en tanto que, por una parte, lo favorecen e impulsan y, por otra, lo absorben y procesan. No puede pensarse en formar Capital Social sin el concurso de la cultura y la educación. Pero lo curioso es que esta relación también puede establecerse con el (anti)Capital Ideológico, que puede asumirse como fuente de intervención y manipulación de la cultura y la educación. El Capital Social es cultura y educación convertidas en interacción cooperativa y productiva, así como el (anti)Capital Ideológico es cultura y educación distorsionadas en vehículos de confrontación y destrucción.

En su sentido más general, la cultura es capacidad de creer y de crear, mientras que la educación es capacidad de saber y de querer. El Capital Social es, en este contexto, la posibilidad de conjugar las capacidades de creer, crear, saber y querer en función del respeto de la diversidad, del fomento de la convivencia y del progreso colectivo. En apoyo de estas apreciaciones, convendría recordar una idea expuesta por Umberto Eco durante el discurso pronunciado el 12 de junio de 2002, con motivo del doctorado honoris causa que le concedió la Universidad Hebrea. Ahí aseveraba el escritor que el gran aporte de la antropología es haber sustituido el concepto de raza, por el de cultura, con el fin de hacernos más conscientes de la idea de pluralidad. “Nosotros decimos -sentenciaba- que no nos volvemos iguales negando la existencia de las diversidades... ser diferentes no significa ser malos. Nos hacemos malos cuando queremos impedir a

los demás que sean diferentes... Si no hubiese diferencias no podríamos entender siquiera quienes somos”.

También encontramos una interesante referencia en el reciente libro de Carlos Fuentes, titulado “En Esto Creo”. El escritor nos recuerda la tesis de Ortega y Gasset, según la cual la cultura es una constelación de preguntas y una constelación de respuestas. No todas las respuestas responden a todas las preguntas y, en consecuencia, la cultura se mantiene viva para proseguir en su permanente ampliación y diversificación. Cuando una cultura logra responder todas las preguntas, ella se debilita, se momifica y desaparece. Esto significa que la vitalidad cultural está correlacionada con su progresiva apertura y con su indetenible pluralidad. La cultura es la antítesis de los dogmatismos y de los fundamentalismos. Los sesgos no sólo enferman el pensamiento, sino que lo proscriben. En el ámbito de estas acepciones, debemos entender que la cultura es al Capital Social lo que el fundamentalismo es al (anti)Capital Ideológico.

A partir de esas redimensiones de la cultura, observamos igualmente algunos interesantes replanteamientos en el campo educativo. Un rápido repaso nos recuerda que antes se aprendía para acumular información, mientras que ahora se aprende para ampliar la capacidad de aprender. Asimismo debe destacarse que del simple énfasis en el aprender a aprender ahora se piensa en el aprender a emprender. Sobre el mismo asunto, es fundamental destacar que de la trillada combinación de la enseñanza-aprendizaje se pasó a hablar exclusivamente del aprendizaje, pero ahora el emparejamiento se renueva a la inversa, es decir, como aprendizaje-enseñanza. La aceptación de cerrar brechas entre lo que se sabe y lo que se debe saber, ahora se suplanta por la ampliación de brechas que subrayan los desafíos entre lo que se cree que debe saberse y lo que imponen las visiones que van más allá de lo que se ve en el horizonte. Antes se estudiaba para conseguir empleo, ahora se tiene que pensar en generar empleo. De manera análoga, antes se formaban consumidores que egresaban para participar en las riquezas existentes, ahora hay que formar generadores de riqueza. De haberse concentrado la educación en un esfuerzo de consolidación de respuestas, ahora debe convertirse en un empeño continuo por actualizar las preguntas. Otrora la educación se diseñaba para resolver problemas, ahora debe responder a la idea de prevenir y evitar problemas. Asimismo se pensaba en la educación para el trabajo y ahora hay que concebir una educación por y con el trabajo. De igual manera, la educación se servía de la tecnología, ahora tiene que incorporarla como parte de su naturaleza intrínseca. En fin, antes la educación respondía al prototipo de formar sabios que se movieran en un archipiélago, ahora tiene que desarrollar seres capaces de pensar, sentir y hacer en el ámbito de una expectativa armónica, que esté amparada por la idea de que ninguno en particular sabe más que todos en general.

Los Aportes de la Cultura y la Educación

Una manera interesante de comprender los aportes que la cultura y la educación realizan, desde la perspectiva del Capital Social, es observando la función que cumplen respecto a las tres dimensiones que pautan nuestro potencial desarrollo, como son la

sustentabilidad, la gobernabilidad y la “cooperatividad”. Tales relaciones se observan en el siguiente cuadro:

Cultura, Educación y Exigencias contemporáneas

<u>Dimensiones</u>	<u>Aspecto</u>	<u>Aporte de la Cultura y la Educación</u>
Sustentabilidad	Crecimiento económico	La cultura y la educación potencian la conciencia productiva y fomentan una motivación hacia el logro
	Equilibrio Social	La cultura y la educación crean conciencia social y sentido de responsabilidad comunitaria
	Preservación ambiental	La cultura y la educación promueven las sensibilidades requeridas para el cultivo y preservación ambiental
Gobernabilidad	Institucionalidad	La cultura y la educación generan conciencia institucional y espíritu de institucionalización
	Conciencia Cívica	La cultura y la educación fomentan creencias y conductas inscritas en la convivencia social y en el respeto a las leyes que rigen la vida en sociedad.
	Confianza	La cultura y la educación incentivan las capacidades de interacción, negociación y comprensión necesarias para establecer un clima de confianza
Cooperatividad	Estado	La cultura y la educación permiten orientar los esfuerzos hacia los intereses comunes
	Empresa	La cultura y la educación son el fundamento de las competencias (informaciones, habilidades, destrezas, actitudes y valores) asociados a los negocios de una empresa
	Organizaciones no gubernamentales	La cultura y la educación existen en el origen, la naturaleza y el propósito de las organizaciones sin fines de lucro

La cultura y la educación, como se observa, están en la base de todas las actividades que se requieren para alcanzar las mejores condiciones del desarrollo. En el caso específico de Venezuela, esos requerimientos se hacen más exigentes por los desajustes que se expresan en las tres dimensiones que estructuran el referido cuadro. Si hacemos una comparación entre los aspectos señalados y lo que ha sucedido en el país, encontraríamos que:

- 1) En lugar de una cultura y una educación orientadas hacia la productividad se han promovido conceptos y valores asociados a los privilegios de un supuesto país rico que exige más sentido de distribución que de producción.
- 2) En lugar de una cultura y una educación orientadas hacia la conciencia social y el sentido de responsabilidad comunitaria se ha privilegiado un enfrentamiento de clases y un espíritu de resentimiento.

- 3) En lugar de una cultura y una educación comprometidas con el cultivo y preservación ambiental se ha generado marginalidad, ranchificación, buhonerismo y deterioro de las zonas verdes.
- 4) En lugar de una cultura y una educación inscritas en valores de institucionalización se han manipulado las conformaciones de los entes públicos y se ha defendido a conveniencia el sentido de la institucionalidad.
- 5) En lugar de una cultura y una educación asociadas con la convivencia social se han fomentado los enfrentamientos y se ha desacreditado a quienes han logrado posiciones socioeconómicas.
- 6) En lugar de una cultura y una educación compenetradas con la creación de un clima de confianza, se ha recurrido a un discurso centrado en el término “revolución” con lo cual se ha asustado a una parte y a la otra se le han generado expectativas con un fuerte potencial de frustración.
- 7) En lugar de una cultura y una educación comprometidas con intereses comunes se han desdoblado los mensajes para establecer una división entre pueblo y supuestos oligarcas.
- 8) En lugar de una cultura y una educación dirigidas a formar competencias emprendedoras se han estimulado sensibilidades hostiles y despreciativas hacia el mundo empresarial y productivo.
- 9) En lugar de una cultura y una educación destinadas a consolidar organizaciones sociales sin fines de lucro se ha subrayado la creación de organizaciones comprometidas políticamente y orientadas hacia objetivos difusos que sirven a fines poco nítidos.

En definitiva, la cultura y la educación han privilegiado el interés de incentivar el (anti)Capital Ideológico por encima del Capital Social. Tal sesgo se observa, a pesar de que en el mundo se aprecian inclinaciones totalmente diferentes. En efecto, la cultura y la educación, en nuestros días, han dejado de ser empeños limitados y esfuerzos circunscritos a los establecimientos de sistemas formales, para convertirse en acciones de plural iridiscencia que se ejercen en cada momento, en todo lugar y a lo largo de toda la vida. Esta acción, además, la ejercen todas las personas y organizaciones que conforman una sociedad. En el orden de esta realidad, el concepto de Estado Docente resulta extemporáneo, pues ahora lo que existe es una sociedad educadora y una realidad cultural en donde cada persona, grupo, organización e institución asume la corresponsabilidad de formar a las personas y de repotenciar a las entidades de la sociedad. Desde luego que, en este amplio margen de acción, la cultura y la educación deben convertirse en factores que afianzan las condiciones para la sustentabilidad, que amplían los márgenes de la gobernabilidad y que apoyan las gestiones de la cooperatividad.

Choque y Destrucción o Concertación y Convivencia

Las estructuras lógicas del Capital Social y del (anti)Capital Ideológico son diametralmente opuestas. Mientras el Capital Social funciona a partir del circuito “Reconocimiento-Tolerancia-Solidaridad-Inclusión”, el (anti)Capital Ideológico se despliega en función del circuito “Provocación-Intimidación-Descalificación-Exclusión”. Esta gruesa cadena del (anti)Capital Ideológico contiene, a su vez, otras cadenas que también actúan en detrimento del tejido social. Estas cadenas colaterales son la “Persuasión-Sedución-Manipulación”, la “Desvalorización-Distanciamiento-Desconfianza”, el “Resentimiento-Desagregación-Desintegración”, la “Centralización-Concentración-Desarticulación”, el “Reduccionismo-Sectarismo-Exclusivismo”; la “Ignorancia-Pobreza-Miseria”. En fin, las relaciones pueden ser muchas e igualmente dañinas. Por ahora sólo deben interpretarse como secuencias de alto riesgo que ameritan una interrupción oportuna para evitar que se anuden en un apretado e irreversible núcleo. En este momento, y bajo las actuales condiciones de tensión y hostilidad, no se disponen de las energías para afianzar e incrementar los factores de Capital Social. Muy por el contrario, estamos en el borde de los abismos representados por una realidad cívico-jurídica signada por corrupción e impunidad; una realidad socio-cultural que refleja desigualdad y exclusión; una realidad socio-política que procede del populismo y la demagogia; una realidad socio-económica que expresa rentismo e improductividad; y una realidad socio-psicológica que enfatiza el lamento y la mendicidad.

El juego de estos ejes entrecruzados se concentra en la declaración de una supuesta revolución cultural que no demuestra los atributos de lo que es una revolución ni los logros de lo que es una cultura. La revolución cultural, que envuelve también los alcances de una pretendida revolución educativa, se ha reducido a una expresión ocurrente, vacía e ilusoria que, además de evocar una época oscurantista, engaña y asusta en proporción equivalente. El lugar privilegiado en este esfuerzo lo ha ocupado el discurso etéreo y especulativo, colmado de expresiones comunes y de aspiraciones pretéritas. La sensación ha sido una especie de pasado convertido en prospectiva, de espejismo renovado y de recuperación ilusoria de un sueño hundido en el fracaso histórico. En definitiva, si el uso genérico del término revolución ha dividido horizontalmente al país, la específica expresión “revolución cultural” ha fracturado vertical y diagonalmente a la sociedad.

Podríamos decir que, mientras la expresión suprema del (anti)Capital Ideológico se condensa en la palabra revolución, la manifestación superlativa del Capital Social se revela en el término convivencia. Mientras el (anti)Capital Ideológico representaba la energía de la lucha de clases y, en consecuencia, de la supuesta dinámica de la historia, ahora el Capital Social expresa la fuente esencial para construir un tejido social apropiado a logros colectivos. Mientras el (anti)Capital Ideológico desemboca en polarizaciones y radicalismos, el Capital Social promueve pluralidad y amplía la base de la gobernabilidad. Mientras el (anti)Capital Ideológico presiona desenlaces tensionados, el Capital Social incentiva soluciones concertadas. De todo esto se deriva que, mientras el (anti)Capital Ideológico engendra más Capital Ideológico, el Capital Social engendra más Capital Social. La gran diferencia es que mientras el primero

acumula la frustración propia de buscar en los escombros del pasado y desemboca en la destrucción, el segundo busca en las discontinuidades y tendencias del presente para promover la activación de la convivencia. Esta advertencia permite recordar que si las fuerzas revolucionarias no pudieron consagrarse cuando tenían musculatura histórica, respaldo popular, apoyo intelectual, presencia de obreros, pasión de estudiantes y aliento favorable de los tiempos, cómo podrán ahora, cuando esos apoyos están mermados. En fin, mientras el (anti)Capital Ideológico conduce a la tesis de Huntington relacionada con el choque de las civilizaciones, el Capital Social nos orienta hacia las tesis de Edgar Morin, Salvador Pániker, Francis Fukuyama y otros que plantean la interfecundación enriquecedora de las culturas.

Las detonantes generadoras de los capitales sociales e ideológicos

Las diferenciaciones expuestas nos invitan a recordar que el Capital Social y el (anti)Capital Ideológico tienen un mismo origen pero asumen caminos diferentes y destinos incompatibles. Nacen de las más plurales manifestaciones de los desequilibrios y problemas sociales, pero el Capital Social se inscribe en la decisión de redimir, a diferencia del (anti)Capital Ideológico que adopta la vía del resentimiento. El destino de quien redime va, desde la satisfacción de haber luchado por una causa noble hasta la heroicidad o santidad. Por el contrario, el destino del resentido siempre es el hundimiento cada vez más profundo en las miserias de la desesperación.

Un rápido repaso de los significados del resentimiento nos ponen en contacto con la imagen de una especie de esclavo que no tiene las capacidades necesarias para liberarse de su supuesto victimario. El resentido es un ser sin libertad ni autonomía ya que no puede pensar, sentir ni hacer algo por su propia cuenta. Todo lo que piensa, siente o hace lo asume en función del victimario real o virtual, verdadero o ficticio, consciente o inconsciente. En fin, el responsable de toda la conducta del resentido recae en otra persona diferente. Esta sensación se torna asfixiante en tanto incrementa su intensidad. El resentido se encuentra, definitivamente, preso y atado a las cadenas impuestas por el victimario. Al no poder ver nada por su propia cuenta se siente atrapado por una presión que conduce al desaliento propio de la resignación o a la acción desesperada propia del desengaño. Así se carga de pesar, enojo, rabia, odio y agresividad. Esta carga emocional sólo sirve para ensuciar el corazón y para enturbiar las percepciones, con lo cual las cosas se ven siempre peores a lo que son y no pueden captarse las salidas sosegadas y pacíficas hacia la liberación. Además, ello conduce a considerar como victimarios a muchos inocentes y a no asumir un esfuerzo reflexivo de aceptación de la propia responsabilidad. Dentro del marco de esta dinámica, el resentido no aprende del pasado y reniega del pasado; se atormenta en el presente y desaprovecha el presente; además, de que hipoteca el futuro y se resiste al futuro. En última instancia, el resentido se convierte en un prisionero de sí mismo. No por casualidad Ciorán sentenciaba: “Cuando uno no puede liberarse de sí mismo se deleita devorándose”.

La alternativa para superar la esclavitud que encarna el resentido es el perdón y, en última instancia, el olvido. Cada quien tiene su particular vivencia acerca de lo que reportan el perdón y el olvido. Aquellos que no han tenido esa vivencia conllevan su

propia penitencia, como es la de no haber vivenciado la suprema sensación de sentir y ejercer un espíritu transparente. En la línea de este argumento, no sobra subrayar que las acciones de construcción sólo proceden de espíritus sosegados y recuperados de cualquier resentimiento. Un testimonio importante, en este sentido, podemos tomarlo de los países europeos que han pasado de muchas intolerancias, exclusiones, exterminios, racismos, colonialismos y fundamentalismos a una inteligente superación de los resentimientos mediante la integración puesta al servicio del esfuerzo conjunto y del beneficio colectivo. Con ello lograron demostrar que los “ismos” perversos de los radicalismos pueden ceder a los ámbitos abiertos de la cooperación. Si esto es posible a escala de un continente, es mucho más factible en el territorio circunscrito de un país.

Advertencias para los que insisten en el (anti)Capital Ideológico

Para subrayar los riesgos del resentimiento y del fanatismo queremos ahora cambiar de estilo expositivo para introducir explícitamente algunas de las sentencias que E. M. Ciorán establece en su libro “Breviario de Podredumbre” y que, perfectamente, actúan como advertencias para los que insisten en actitudes resentidas. Bastan cuatro sentencias para tomar conciencia de los abismos derivados del fundamentalismo:

1. “En si misma, toda idea es neutra o debería serlo; pero el hombre proyecta en ella sus llamas y sus demencias; impura, transformada en creencia, se inserta en el tiempo, adopta figura de suceso: el paso de la lógica a la epilepsia se ha consumado ... Así nacen las ideologías, las doctrinas y las farsas sangrientas” (p. 29).
2. “El principio del mal reside en la tensión de la voluntad ... en la megalomanía prometeica ... en esa mezcla indecente de banalidad y apocalipsis ... ¿Qué es la caída sino la búsqueda de una verdad y la certeza de haberla encontrado ...?” (p. 31).
3. “El fanático ... si mata por una idea, puede igualmente hacerse matar por ella; en los dos casos, tirano o mártir, es un monstruo” (p. 34).
4. “La perpetua rebelión es de tan mal gusto como lo sublime del suicidio” (p. 215).

Qué hacer ante los riesgos del (anti)Capital Ideológico

Las líneas trazadas son suficientes para precisar una conclusión que indica que vivimos un momento en el cual se cultiva cierto cinismo, se estimulan márgenes de radicalismos, se fomentan organizaciones histéricas y se celebra un oscurantismo retrógrado. Es difícil esquivar la atmósfera de autodegradación y poco probable que se puedan eliminar definitivamente los riesgos de peligro. Ante esta situación se impone la emergencia de muchas inquietudes: ¿Qué alternativa existe ante una tensión tan aguda? ¿Dónde se encuentra el antídoto para el resentimiento? ¿Cómo podemos eliminar la desesperación y la desesperanza? ¿Cómo reconstruir los factores y condiciones de la convivencia?

Ante todas esas interrogantes, se nos vienen a la mente dos expresiones que recuerdo de memoria de dos poetas venezolanos. La primera es de Vicente Gerbasi que expresaba: La vida está del otro lado de la desesperación. La otra es de Rafael Cadenas: ¿Qué hago yo detrás de mis ojos? En las reflexiones surgidas alrededor de estas dos consideraciones se establece una aproximación importante para el desafío planteado. Ante todo, se impone retomar la orilla del sosiego y de la coexistencia para lo cual deben sustituirse los factores de distensión y recuperar las condiciones de convivencia. El problema es que proponer esta fórmula es tan fácil como simplista es su significado. No es propio de nuestras competencias el ofrecer alternativas inmediatas ante esta situación, pues ello corresponde a un análisis propiamente político que no pretendemos. Pero lo que si cabe dentro del espacio reflexivo de nuestra visión es colocarnos en la perspectiva de insistir en que no podrá pensarse en ninguna opción que omita la consecución y consolidación de Capital Social. La creación de Capital Social no significa que dejemos de creer en lo que creemos o que abandonemos los enfoques, incluso ideológicos, ante la realidad. El Capital Social es, precisamente, la antítesis del pensamiento único o de los sentimientos uniformes y controlados artificialmente. Estas expectativas, más bien, corresponden al (anti)Capital Ideológico que aspira a que no haya disidencias, ni se fomenten discrepancias, ni se confronten alternativas. El Capital Social es, por el contrario, la capacidad de diferenciar lo esencial, lo importante, lo urgente y lo cotidiano, a fin de: a) incentivar la unidad cuando se trata de asuntos esenciales asociados a los supremos y colectivos intereses del país; b) estimular la diversidad cuando se trata de asuntos importantes que reclaman la pluralidad de puntos de vista que permitan visiones complementarias y concertaciones cívicas; c) fomentar la solidaridad cuando se trate de asuntos urgentes que reclaman la sinergia del esfuerzo colectivo ante coyunturas que atentan contra la estabilidad del país; y d) desarrollen la generosidad cuando se trata de asuntos cotidianos que exigen una interacción humana inspirada en el reconocimiento de la dignidad humana y en la conveniencia del bien colectivo.

Formamos parte del problema o de la solución

Ese desafío de diferenciar para poder decidir se nos plantea en un plazo inmediato, urgente e insoslayable. Ya no tenemos tiempo para detener el tiempo y ya tenemos poco tiempo para recuperar el tiempo. Esta exigencia presiona de manera superlativa porque, a la manera de una espada de Damocles, aparece la dramática sentencia de Carl Von Clausewitz: “La guerra es una nueva continuación de la política, sólo que por otros medios”. La esperanza es que la paz es también una nueva consecuencia de la política, sólo que por otros medios diferentes a los que conducen a la guerra.

Quienes hoy vivimos la realidad de Venezuela conformamos una especie de eje que se encuentra entre las dos solapas de una bisagra. Una solapa representa el privilegio colérico del (anti)Capital Ideológico y la otra encarna las responsabilidades asociadas al concepto de Capital Social. Recuerdo, a favor de comprender mejor esta exigencia, que Alvin Toffler hablaba de que hoy vivimos la última generación de una vieja civilización o la primera generación de una nueva civilización. La solución a esta disyuntiva no puede establecerse al margen de una conciencia despierta y dispuesta. Para decirlo con expresiones más explícitas: somos parte del problema o somos parte

de la solución. O nos sentimos parte de los escombros de un fracaso o asumimos los deberes propios de una oportunidad que está disfrazada de dificultad. En nuestro auxilio acuden tres expresiones que contienen las sustancias propias de intensos y densos paradigmas. Nos referimos a las “bondades de la adversidad” (Arnold Toynbee), a la “Sabiduría de la inseguridad” (Allan Watts) y a la “Fecundidad de la incertidumbre” (Marilyn Ferguson). En estas lacónicas expresiones se condensan las pautas para reorientar las reflexiones, para esclarecer las decisiones y para enrumbar las acciones. Estas sentencias -para parafrasear a Gilles Deleuze- son como líneas: algunas pueden ascender y mostrarnos lo que está más arriba, otras pueden generar contornos, otras pueden mezclarse en una especie de resolución laberíntica, y otras pueden tramarse y anudarse sin posibilidades de retomar sus prístinas condiciones de libertad. De nosotros depende la selección. Lo que ocurra mañana no va a ser independientemente de la responsabilidad que demostremos hoy.

El Capital Social es primero Capital Personal

Para asegurar esa capacidad de hacer el futuro tenemos que recurrir al Capital Social y aceptar los desafíos de nuestras respuestas personales. El Capital Social es expresión conjugada de competencias intelectuales, afectivas y éticas de las personas en particular. Es imposible que pueda existir un expansivo y abarcador sentido de convivencia, independientemente de las motivaciones, disposiciones y acciones de la gente. Así como la paz y la guerra nacen primero en la mente de cada sujeto de manera análoga, los gérmenes del Capital Social y del (anti)Capital Ideológico afloran inicialmente en la mente de cada persona. En la acción de cada quien se encuentra el origen y la naturaleza de la convivencia. El pensar, sentir y hacer individual proporciona la base de un pensar, sentir y hacer que, luego éste a su vez, se reconvierte en esencia y estímulo del pensar, sentir y hacer individual. Este circuito saca a la superficie la idea de que hay que partir del ser humano para llegar a las máximas expresiones de la convivencia social, y la ética es la que proporciona el presente más seguro y estable para pasar de una a otra dimensión. No puede eludirse la responsabilidad ni es posible encontrar excusas para desplazar la perentoriedad de las decisiones que se imponen. Esta secuencia nos invita a seleccionar como epílogo al epígrafe con el cual Alain Touraine abre el segundo capítulo de su libro “¿Podremos vivir juntos?”, y el cual está, a su vez, inspirado en un texto del rabino Hillel (Siglo II). El epígrafe, convertido ahora en epílogo, reza así:

“Si yo mismo no me hago cargo de mí,
¿quién lo hará en mi lugar?
Si no es así como hay que hacerlo,
¿qué hacer?
Y si no es ahora, ¿cuándo, entonces?”